

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

19/2016

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Negredo del Cerro, Fernando, *La guerra de los Treinta Años. Una visión desde
la Monarquía Hispánica*, Madrid, Síntesis, 2016

(Jesús M. Usunáriz)

pp. 563-571



Universidad
de Navarra

Negredo del Cerro, Fernando, *La guerra de los Treinta Años. Una visión desde la Monarquía Hispánica*, Madrid, Síntesis, 2016, 366 p. ISBN: 978-84-9077-278-2. 22€

PARTE I. INTRODUCCIÓN. 1. La Guerra de los Treinta Años en perspectiva. 1.1. Una breve reflexión historiográfica desde la Monarquía Hispánica. 1.2. Transcendencia interpretativa de una carencia. 1.2.1. La Guerra de los Treinta años y la historia de Alemania. 1.2.2. El papel de la Monarquía Hispánica en el Imperio según la historiografía reciente. 2. El Sacro Imperio hacia 1618. 2.1. Los Círculos Imperiales. 2.2. La organización institucional del SIRG. 2.3. El ambiente en el Imperio antes de la guerra. PARTE II. LA SUBLEVACIÓN Y LA DIVISIÓN DE EUROPA (1618-1627). 3. Un reino para dos monarcas. 3.1.1. La elección y deposición de Fernando de Estiria. 3.2. *Montaña Blanca* y sus consecuencias. 3.2.1. La guerra en el Palatinado. 4. La cuestión del electorado. 4.2. *Si vis pacem, para bellum*. Los preparativos de 1624-1625. 4.2.1. Cristian IV y los inicios de la intervención danesa. 4.3. Wallensteina y la victoria de los Habsburgo. PARTE III. INTRANSIGENCIA CONFESIONAL Y EXPANSIÓN DEL CONFLICTO (1628-1634). 5. La conjunción de escenarios. De Dinamarca a Ratisbona pasando por Mantua. 5.1. Los últimos años de la tercera década. 5.1.1. Stralsund y el fin del "período danés". 5.1.2. La guerra de Mantua y su dimensión imperial. 5.1.3. Los problemas en el círculo burgundio. 5.2. El Edicto de Restitución y el acoso al protestantismo moderado. 5.2.1. Ratisbona: la ruptura del frente católico. 5.2.2. La aplicación del Edicto y sus consecuencias: Leipzig y Magdeburgo. 6. La irrupción sueca: dependencia hispana del catolicismo en el Imperio. 6.1. El avance de Gustavo Adolfo. Contexto y primeras consecuencias. 6.1.1. De Pomerania a Lech. Las victorias de Gustavo Adolfo. 6.2. El freno de la amenaza sueca (1632-1633). 6.2.1. Lutzen y sus consecuencias. La liga de Heilbronn. 6.2.2. La Monarquía pasa a la ofensiva: el duque de Feria en Alsacia. 6.3. 1634: el asesinato de Wallenstein y el fin del mito de la invencibilidad sueca. PARTE IV. DE LA PAZ IMPOSIBLE A LA GUERRA TOTAL (1635-1642). 7. Clarificación de bandos tras Nördlingen y primeras ofensivas globales. 7.1. Las consecuencias de Nördlingen. 7.1.1. La alianza católica. Acuerdos y problemas. 7.1.2. Es posible la paz en el Imperio. De Pirma a la paz de Praga (1635). 7.1.3. Suecia cede el testigo a Francia. El fin de la liga de Heilbronn. 7.2. Las campañas de 1635 y 1636. Los bandos se clarifican. 7.2.1. Lo acontecido en Tréveris. Algo más que un *casus belli*. 7.2.2. 1635: la guerra, un arte difícil. 7.2.3. 1636: Corbie y Wittstock. 8. Los años cruciales. 1637-1642. 8.1. El desarrollo bélico (1637-1639). Siguen las incertidumbres. 8.1.1. Breisach y la pérdida de Alsacia. 8.1.2. De Thionville a Chemnitz. 8.2. La quiebra del sistema hispánico y sus consecuencias (1640-1642). 8.2.1. El devenir de la guerra en 1640. 8.2.2. Desafecciones y revueltas en la Monarquía. 8.2.3. La evolución interna del SIRG. PARTE V. EL LARGO CAMINO HACIA LA PAZ (1643-

RECENSIONES

1648). 9. Las operaciones militares. 1643-1648. 9.1. 1643: Rocroi y Tuttlingen. 9.2. La guerra con Dinamarca y las campañas de Torstensson (1643-1645). 9.3. Turena y las últimas ofensivas francesas.). 9.4. El final de la guerra (1646-1648). 9.4.1. La Monarquía Hispánica al borde del colapso. 9.4.2. Hacia el desenlace final. 10. Las paces de Westfalia. 10.1. Los largos preliminares. 10.2. Las negociaciones en Münster y Osnabrück. 10.3. Los tratados de 1648. 10.3.1. Una lectura alternativa de las paces. CONCLUSIÓN. ÁRBOL GENEALÓGICO SIMPLIFICADO DE LA DINASTÍA HABSBURGO. RELACIONES FAMILIARES ENTRE LOS PRINCIPALES PRÍNCIPES REFORMADOS. TEXTOS. BIBLIOGRAFÍA.

Si algo podemos decir tras la lectura de esta síntesis de Fernando Negredo sobre la guerra de los Treinta Años, es que nos encontramos ante un libro necesario que cumple, como pretende, con su objetivo, loable y fundamental, de «contribuir al debate historiográfico sobre el papel de la política exterior diseñada desde Madrid en el devenir de las relaciones internacionales del siglo XVII, rescatándola de ese ostracismo en el que se la ha tenido hasta tiempos no muy lejanos». Sobre todo, porque, en muchos aspectos, el autor, con sus reflexiones y sus razones objetivas, no deja «títere con cabeza».

La primera parte es una útil reflexión historiográfica que sirve para recalcar la escasa atención de la historiografía sobre la participación española, como si la Monarquía hispánica hubiera sido «un sujeto extraño al conflicto» (p. 14). En efecto, lejos de ser un asunto «alemán», la guerra fue una «tragedia de carácter transnacional» (p. 19). Una historiografía que, además de la expresada elusión, ha contribuido a la forja de estereotipos («maldad», «papismo») que obedece a circunstancias emanadas de una interpretación histórica surgida en la Alemania del siglo XIX (pp. 20-23), prolongada, inexplicablemente hasta tiempos recientes (a pesar de las tesis defendidas por Eberhard Straub en la década de los 80).

Además de este repaso, Negredo aborda (cap. 2) la «multitud de realidades» (p. 33) y la complejidad política que vivía el Sacro imperio a la altura de 1618. Para ello clarifica el sistema electoral en el Imperio, la organización de los círculos imperiales (con las oportunas indicaciones en torno al círculo de Borgoña), la organización institucional y el ambiente que se vivía en él antes de la guerra tras el equilibrio nacido en Augsburgo en 1555 («territorio biconfesional»). Esta aparente tranquilidad tuvo que encarar no pocas dificultades derivadas de los enfrentamientos religiosos en Europa (Francia y Países Bajos), de la situación cambiante en el Imperio y del impulso creciente del catolicismo. Todo lo cual desembocó en conflictos, en chispas, que estuvieron a punto de incendiar el continente (Donauwörth, Juliers-Cleves), y que fueron sofocadas gracias a un juego de alianzas que permitió una paz precaria. En este juego de prestidigitación diplomática, no había que olvidar tampoco la inestable situación que se experimentaba en el norte de Italia. Para añadir mayor tensión, la firma del tra-

tado de Oñate entre las ramas española y centroeuropea de la familia Habsburgo, anunciaba el intento de establecer el dominio de la casa de Austria en el Imperio.

La segunda parte se ocupa de los inicios de la guerra (1618-1627), especialmente en la Praga de 1618 y en «los acontecimientos que dieron lugar a la guerra de los Treinta Años» (p. 57). Fue la intervención directa del elector Federico V del Palatinado, la que vino a «transformar una rebelión local en un problema constitucional dentro del SIRC» (p. 58). Para comprender mejor estos primeros sucesos, Negredo emprende la tarea de describirnos la situación política y religiosa del reino de Bohemia, las concesiones de la *Carta Majestad* de 1609 y sus consecuencias, o el intrincado proceso de elección y deposición de Fernando de Estiria. El archiduque Fernando contó con el apoyo de Madrid, del Papa y del duque de Baviera, además del resto de príncipes católicos alemanes, mientras que la propaganda de los rebeldes optó por la identificación de España, de los jesuitas con un emperador convertido en su marioneta (p. 65).

Desde un primer momento Felipe III dio su apoyo decidido al emperador: interviniendo en la Valtelina, o aportando en la batalla de la Montaña Blanca la financiación de la mitad de los efectivos católicos. La huida vergonzante del elector palatino derivó en una represión religiosa (recatolización), y política (Bohemia, reino hereditario), todo acompañado de un proceso de confiscación de tierras a los nobles rebeldes con la consiguiente «desaparición de una elite propietaria (habla de casi el 70%) y, por tanto, política, y su sustitución por otra» entre 1621 y 1630.

Además de Bohemia, la guerra tuvo también como escenario el Palatinado, ocupado por los imperiales y sus aliados, mientras que su elector aparecía completamente derrotado a la altura de 1622. Sin embargo, las soluciones que ofrecieron los vencedores para la resolución de la crisis, no fue consensuada. La merced que hizo el emperador de la calidad de elector al duque de Baviera, a costa del palatino, en 1623, no contó con el apoyo del gobierno español, a pesar de lo que se haya afirmado, y ni siquiera fue achacable a una mala negociación por parte del conde de Oñate. El consejo de Estado fue consciente de que una decisión semejante debilitaba a los Habsburgo en la estructura del Sacro Imperio frente a los Wittelsbach de la casa de Baviera; y perjudicaba más aún a los intereses de la monarquía hispánica, necesitada de un Imperio pacificado y de la alianza familiar para combatir a los Países Bajos rebeldes (pp. 92-95). Táctica, esta última, que resultó un fracaso para la diplomacia española por no lograr involucrar a sus aliados en el conflicto neerlandés (p. 97).

La intervención danesa de Cristián IV, como duque de Holstein, malograda «por desconocimiento de la situación real», respondió a la ambición personal del monarca por dominar la costa del mar del Norte, y por el temor ante la formación de una posible coalición entre 1623 y 1624 compuesta por Francia, Inglaterra, Provincias Unidas, Palatinado, Brandemburgo y Suecia, con a Gustavo

Adolfo al frente, que dejaría al margen al danés (p. 100-102). En los meses que siguieron se puso de manifiesto que frente a las pretensiones del emperador y del duque de Baviera de impulsar un pacto con España para derrotar al danés, España, con Olivares, prefería llegar a un acuerdo pacífico: Dinamarca no suponía ningún peligro para la monarquía, y compartía con ella su animadversión hacia las Provincias Unidas. Además, España confiaba en lograr acuerdos con los protestantes moderados, una «alianza interconfesional», especialmente con Sajonia, con lo que se rompe la tradicional visión de una España imbuida de un confesionalismo a ultranza. No obstante, la conferencia de Mühlhausen (otoño de 1627), fue «la última oportunidad que tuvieron los dirigentes del SIRG para haber logrado una pacificación cierta y duradera en su territorio. Fueron ellos los únicos responsables de que no fuese así y, a partir de entonces, el destino de Alemania comenzó a depender mucho más de potencias extranjeras que de ellos mismos» (pp. 115-116).

La tercera parte de esta obra, centrada en los años 1629-1634, demuestra que «a finales de la tercera década del siglo XVII toda Europa se hallaba en ebullición, a la espera del devenir de unos acontecimientos que ya no solo tenían origen alemán» (p. 120). Así Wallenstein ocupó los puertos del Báltico para evitar la intervención sueca, al mismo tiempo que servía a los planes de la monarquía hispánica de debilitar la economía holandesa. No obstante, el fracaso de Wallenstein en Stralsund (1628), de España en la guerra de sucesión de Mantua (1631), o los retrocesos militares en los Países Bajos, acrecentaron en el gobierno español el deseo de una paz en el Imperio, con el acercamiento (de nuevo) a los protestantes moderados, como única solución para lograr hacer frente a las Provincias Unidas y recuperar el debilitado control sobre el norte de Italia. Sin embargo, la respuesta de Fernando II fue el Edicto de Restitución (1629) con lo que se obstaculizó cualquier acuerdo con los moderados en beneficio de una política confesional de inspiración jesuítica (con consecuencias políticas, jurídicas y económicas enormes), que resultaría, a la larga, un fracaso (pp. 130-135).

En consecuencia, la reunión de la Dieta de Ratisbona (pp. 135-141) patrocinada por el elector de Sajonia para oponerse al edicto de Restitución, contó con la presencia de los electores católicos. Estos, sin embargo, abogaron por una estrategia contraria a los intereses españoles, para lo que contaron con el apoyo de Roma y de Francia. En efecto, según el autor, los electores católicos siguieron la estrategia de sus confesores, todos jesuitas: si se quería lograr la victoria católica en el Imperio había que buscar el apoyo de Francia, y no contar con España que se había mostrado renuente a la aplicación del Edicto de Restitución (p. 137). Además, decidieron, por inspiración francesa, no reconocer al futuro Fernando III como rey de romanos, para introducir incertidumbre en el Imperio, tener más sujeto al emperador y limitar sus pretensiones centralizadoras. Por último presionaron a Fernando hasta lograr la destitución de Wallenstein y el licenciamiento de su ejército, con el fin, de nuevo, de limitar el poder imperial.

Sin embargo, las decisiones de Ratisbona convencieron a los electores protestantes de que se hallaban ante una amenaza. Los protestantes moderados, firmaron así el manifiesto de Leipzig de abril de 1631 con el cual pretendían defender la constitución imperial, la libertad de los príncipes reformados, y la creación de un ejército que frenase tanto a la Liga Católica como a Gustavo Adolfo, es decir «un frente común por parte de lo que venimos llamando el protestantismo moderado, que se presentaba como alternativa viable ante la tragedia que los más avisados ya barruntaban» (p. 143). Pero el trágico saqueo de Magdeburgo por las tropas católicas de Tilly radicalizó las posturas, e hizo fracasar esta «tercera vía». Además, la firma del tratado de Fontainebleau en 1631 entre Baviera y Francia, en detrimento de Viena, no fue «la respuesta católica a Leipzig, sino la traición del nuevo elector católico a la causa imperial» (p. 143) con la anuencia, de nuevo, de Roma y especialmente de los jesuitas.

La irrupción del ejército sueco, no fue tanto una nueva etapa, como la constatación de que estos años «lo que realmente contemplan es la conversión de un conflicto predominantemente imperial (...), a una guerra europea» (p. 147). La habilidad diplomática, política y militar (aunque descrita en un contexto menos prestigioso del que habitualmente se le ha dado) de Gustavo Adolfo, le permitió el reclutamiento de un gran número de hombres, además de su propio contingente de soldados suecos. El autor llega a criticar el análisis visión del tratado franco-sueco de Barwâlde de 1631, como un fracaso de la diplomacia francesa, para considerar que fue un pacto beneficioso para ambas partes. Niega, a su vez, las afirmaciones tradicionales de parte de una interesada historiografía gala, de que Luis XIII nunca pensó que el sueco llegaría a tanto, y que su aliado natural era Baviera, pues durante todo este tiempo la ayuda financiera francesa no dejó de llegar a los suecos, como en Breitenfeld o en Lech hasta que el León del Norte fue frenado en 1632, en la «victoria pírrica» sueca de Lützen y, especialmente, más tarde, tras la victoria hispano-imperial de Nördlingen. Desde la muerte de Tilly, Wallenstein se convirtió en el general necesario para detener al sueco, y Oxenstierna, tras la muerte de Gustavo Adolfo, en el director de la política sueca.

Fue a partir del verano de 1633 cuando la Monarquía hispánica recuperó la iniciativa (primero con las campañas del duque de Feria en Alsacia, después, en 1634 del cardenal-infante en Alemania), y restableció, gracias a la labor diplomática de Saavedra Fajardo, la colaboración con Baviera, especialmente el proyecto de asistencia mutua entre las dos ramas de la casa de Habsburgo (p. 182). No obstante, en esos años, se observó también un fortalecimiento de la posición de Richelieu en el gobierno de Francia y la actitud interesada, y no explicada claramente, del general Wallenstein (hasta su asesinato en 1634).

Los acontecimientos descritos sirven a Negredo para hacer una reflexión de gran interés: «No deja de resultar curioso que una institución política y en pretendida decadencia desde al menos cuarenta años antes y cuyos gobernantes,

tanto políticos como militares, según parece, pertenecían a otra época, en virtud de sus ideales y estrategias, fuese capaz de enfrentar, casi por sí sola y sin desgarnecer otros muchos teatros donde se combatía (Italia, América, Países Bajos...) a una parte más que substancial de los enemigos del emperador y derrotarlos en campo abierto» (p. 181). La arrolladora victoria sobre el sueco en Nördlingen (por otra parte, ninguneada por la afamada historiografía de guerra anglosajona), protagonizada por soldados profesionales y con experiencia («quizás más bajitos y delgados que los integrantes de los regimientos negro y azul, pero, al menos tan concienciados de su deber» p. 189), representa una «ruptura de tópicos» (p. 191). Como lo es también la negación del autor de que se asistiera a un proceso de anquilosamiento del ejército español, fruto de una aristocratización del mismo, como si los mandos se ejercieran por su sangre y no por su capacidad («una forma muy rebuscada de llamar estúpidos a Olivares y Felipe IV» p. 192). De hecho, fue la victoria de Nördlingen, aunque no solo, como veremos, la que decidió la intervención abierta de Francia.

En efecto, en la cuarta parte, el autor se ocupa detalladamente de las consecuencias de Nördlingen. Tras la batalla se produjo un reforzamiento de la alianza de los Austrias y un intento de la monarquía hispánica de conseguir un mayor apoyo imperial en su lucha en los Países Bajos (tratado de Ebensdorf de 1634). Sin embargo, continuó en el imperio, entre los miembros de la Liga Católica, una campaña contra la Monarquía a pesar de los intentos reiterados del conde-duque por reforzar entre 1635 y 1642, la alianza familiar, el acercamiento a Baviera y al resto de territorios católicos del Sacro Imperio, e incluso, de nuevo, a la luterana Sajonia. De hecho, más que Nördlingen, fue la constatación de que el protestantismo moderado estaba dispuesto al acuerdo, la razón decisiva que impulsó una intervención directa de Francia (pp. 199-200). Los preliminares de Pirna y la paz de Praga de 1635 («antecedente directo de la de Westfalia» p. 203), y la opinión sobre el acuerdo emanada de la junta de teólogos formada por el emperador (pp. 201-203) diluyó el tinte confesional de la guerra y de las relaciones internacionales, animadas, ahora, por otros intereses. Mientras tanto, la presencia española en la frontera oriental francesa, y la política de expansión iniciada por Francia (Lorena, Renania), o el tratado de reparto de los Países Bajos entre Francia y las Provincias Unidas en 1634, auguraban también la intervención gala. De ahí que el *casus belli* de la ocupación del electorado de Tréveris por las tropas españolas, aducido como excusa por Luis XIII, no fuera sino una acción defensiva ante la presencia francesa, cada vez más importante, en una zona geoestratégica vital.

En estos años el enfrentamiento entre la monarquía hispánica y La Haya tuvo un especial protagonismo (más incluso que con Francia), en línea, matizada, con las tesis del profesor Israel, pues aspiraban a conseguir, mediante la ofensiva militar, una posición de fuerza a fin de firmar una paz o tregua con los rebeldes neerlandeses, que permitiera a España una lucha contra Francia, libre

de la presión de otros frentes: «no es que la guerra con Francia no fuera la prioridad de la Monarquía, que sí lo fue desde la primavera de 1635, es que, precisamente por ello, era necesario acabar cuanto antes con la sempiterna guerra de Holanda, poniendo todo el esfuerzo en su conclusión» (p. 219). Pero si bien el cardenal infante vencía en Corbie, el ejército imperial era derrotado en Wittstock, poniendo en entredicho la paz de Praga, la colaboración con Sajonia, y vigorizando la amenaza sueca (p. 227).

Los años 1637-1642 (cap. 8), demostraron ser cruciales. Fueron años en los cuales mientras París superaba sus crisis internas, al menos provisionalmente y con el puño de hierro de Richelieu, España «se hundía bajo el peso de las suyas» (p. 229). Las derrotas españolas en Leocata y en la emblemática Breda (1637) fueron dolorosas, pero no determinantes, pues, mientras tanto, la situación en Italia, en Saboya, en Mantua, en la Valtelina, sufrió un giro a favor de los intereses españoles (p. 233). El conjunto de reveses que siguieron (1638, la fatídica toma de Breisach, las batallas de Thionville, Chemnitz...), culminaron con la quiebra del sistema hispánico entre 1640-1642. En efecto, «la evolución política de los reinos periféricos en la Península Ibérica fue, en realidad, el proceso que desequilibró la balanza de forma definitiva en contra de los intereses de Felipe IV y su ministro» (p. 253); «fue la desafección de Cataluña y Portugal al proyecto político Habsburgo la gran responsable de que se hundiera en Europa» (p. 255).

Mientras tanto, en el Imperio, Fernando III convocó una dieta en 1640-1641 en Ratisbona, en donde se avino a importantes cesiones (renuncia al edicto de Restitución) y en donde se constató que los problemas confesionales «eran ya fácilmente solucionables», que las cesiones territoriales hechas a Baviera, tampoco suponían una dificultad, y que Fernando III se inclinaba por rechazar un posible acuerdo bilateral con Madrid (p. 270).

En la quinta y última parte, el libro analiza las operaciones militares entre 1643 y 1648, entre las que cabe destacar, por su pretendido significado, Rocroi (pp. 274ss). Su conclusión poco podría contentar al autor de Alatrieste: «Es innegable que estamos ante una victoria francesa pero no supuso ni el desmoronamiento del ejército de Flandes ni el fin de nada» (p. 275); «Rocroi no aporta nada» (p. 276). Más lo cierto es que la Monarquía, a la altura de 1646, se hallaba «al borde del colapso», o como señala más adelante, en 1645, los Habsburgo habían llegado a un punto de no retorno (p. 309). A partir de la primavera de ese mismo año de 1646, el Consejo de Estado, don Luis de Haro y Felipe IV priorizaron «ya sin ningún tipo de cortapisas, la necesidad de llegar a un entendimiento con los holandeses» (p. 298), en medio de la tragedia que supuso la muerte de Baltasar Carlos al abrir el problema de la sucesión.

El largo proceso de las negociaciones, iniciado ya a la altura de 1634, fue dinamitado por las aspiraciones franco-neerlandesas (p. 310). Es más: «A partir de entonces, todo posible entendimiento debería pasar por la aprobación de un triple vértice París-La Haya-Estocolmo», mientras que la entente Madrid, Viena,

Múnich estaba muy debilitada, como consecuencia de las actitudes ya descritas (p. 310). En las negociaciones de Münster y Osnabrück estuvieron presentes 194 entidades políticas, con 176 plenipotenciarios, pero sin sesiones plenarias, en donde se trataron cinco temas fundamentales: la cuestión sueca (una Suecia que llegó en óptimas condiciones a la mesa de negociación frente a un debilitado emperador); la posición francesa (en torno a cuatro escenarios diferentes, su apetencia sobre territorios de la orilla derecha del Rin, en Alsacia, Lorena, su relación con Baviera, la alianza con Suecia, su apoyo a las Provincias Unidas); el problema bávaro-palatino; toda una «pléyade de demandas» que afectaban a los múltiples estados del Sacro Imperio (religiosas, políticas); y, por último, el papel que debía jugar en todo ello la Monarquía hispánica. Los cinco bloques a tratar, como bien señala el autor, poco tenían que ver con las causas originales del conflicto (p.326).

Tras resumir los resultados de las paces, Negredo viene a considerar, en contra de la opinión generalizada, que los tratados, especialmente el de Münster de octubre de 1648, «no pueden considerarse en absoluto como un ideal diplomático ni como modelo de posteriores tratados, pues son, sencillamente, una imposición unilateral por parte de los vencedores» (p. 337), lo que provocó que la Monarquía hispánica protestase repetidamente contra ellos. Afirmación que puede sostenerse fácilmente contemplando el discurrir de las relaciones internacionales en la segunda mitad de la centuria, como bien llegó a describir el preclaro diplomático barón de Lisola. Tras los acuerdos subyacía, por un lado, la posición de fuerza de Suecia en el Imperio y, por otro, no tanto la búsqueda del equilibrio, sino la «[d]el engrandecimiento de Francia» (p. 342). Los costes humanos fueron tremendos: una reducción de la población rural en el Imperio en torno a un 35-40% (el campesinado fue el gran perdedor del conflicto), y de un 25-30% en las ciudades, aunque todo ello repartido de forma desigual; los económicos desembocaron en la ruina de algunos espacios tanto en Alemania como en el norte de Italia.

El libro es, sin duda, un brillante punto de partida, lleno de críticas sutiles, y a veces no tanto, no exentas de una inteligente ironía. Es criticable, aunque puede extenderse a buena parte de las publicaciones españolas, que los mapas insertos no tengan una gran calidad, que falte, en una obra de estas características un índice de nombres propios y de materias, que haya erratas que se hubieran evitado fácilmente, o que la bibliografía que ofrece sea mucho más reducida de la que el autor realmente conoce y ha utilizado. Tampoco conseguirá el autor, al menos por mi parte, que utilice la abreviatura SIRC para hacer referencia al Sacro Imperio. Pero estas críticas, dirigidas más a aspectos formales de la edición, no empecen los méritos de una síntesis útil, bien estructurada, plena de propuestas con sentido común, amparadas en un bagaje documental y bibliográfico envidiable. Nos hacía falta un libro así.

RECENSIONES

Fernando Negredo del Cerro es profesor de Historia Moderna en la Universidad Carlos III de Madrid y ha centrado sus líneas de investigación en la oratoria sagrada en el Barroco, en la actividad de la Iglesia en el siglo XVII, en el conde-duque de Olivares y el entramado político administrativo del siglo XVII y en la política exterior española durante la guerra de los Treinta Años. Resultado de estas investigaciones, además de un buen número de artículos y capítulos de libro, son sus trabajos *Los predicadores de Felipe IV. Corte, intriga y religión en la España del Siglo de Oro* (Madrid, 2006), la revisión, con J. H. Elliott, de la segunda edición del libro *Cartas y Memoriales del Conde Duque de Olivares, I. Política interior* (Madrid, 2013) y, también con J. H. Elliott, del libro *Cartas y Memoriales del Conde Duque de Olivares. II. La política exterior: Correspondencia con el Cardenal Infante* (Madrid, 2016).

Jesús M. Usunáriz
Universidad de Navarra

